

LO OBJETIVO DE LA SUBJETIVIDAD DE LA PERSONA:

El reto de educar en valores en un mundo relativista

Remberto Ortega Guizado *

165



Los cambios en la educación, en la actualidad, están enfocados a desarrollar procesos y competencias donde se busca formar y no informar al estudiante; y llevarlo a construir su realidad. Este modelo educativo, ante todo, acentúa el carácter endógeno; es decir, subjetivo del proceso educativo, centrándose no tanto en los contenidos, ni en los efectos con relación al comportamiento y actitudes del estudiante, sino en el desarrollo de sus capacidades intelectuales, su conciencia y compromiso social y, finalmente, en la interacción dialéctica e irrenunciable entre la persona y su realidad. Sin embargo, al hablar de una educación endógena, es decir, que acentúa la subjetividad del proceso formativo de la persona, se da paso a un sinnúmero de cuestionamientos que se agravan cuando a este “caldo educativo” se le condimenta con el tema de los valores y la formación de la persona conforme a éstos. Por ello, aunado a lo antes mencionado, se hace necesario

* Ingeniero Industrial. Estudiante de Filosofía y Pedagogía de la Universidad Politécnica Salesiana, actualmente cursa el V nivel Teología, en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.



ir estableciendo ciertas diferencias sobre lo que se debe entender por subjetivismo, debido a que con facilidad se le confunde con individualismo, relativismo o cualquier otro “ismo” que enfatiza un carácter exclusionista que termina por encerrar a la persona en una burbuja, aislándola del resto de los existentes y muchas veces ignorante hasta de sí misma.

En base a lo antes mencionado, considero propicio iniciar esta reflexión haciendo alusión a una de las definiciones que nos proporciona J. Ferrater Mora en su *Diccionario de Filosofía*, sobre la voz subjetivismo, donde especifica que “muchas veces es equiparado al relativismo, especialmente al relativismo individualista, pero que lo más común es ligar el subjetivismo a juicios de valor” (Ferrater, 1994: 3392). Frente a esto, es inevitable tomar en consideración las definiciones que nos proporciona el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española¹ sobre los términos en cuestión:

- Individualismo: 1. m. Tendencia a pensar y obrar con independencia de los demás, o sin sujetarse a normas generales. 2. m. Tendencia filosófica que defiende la autonomía y supremacía de los derechos del individuo frente a los de la sociedad y el Estado.
- Relativismo: 1. m. *Fil.* Doctrina según la cual el conocimiento humano sólo tiene por objeto relaciones, sin llegar nunca al absoluto. 2. m. *Fil.* Doctrina según la cual la realidad carece de sustrato permanente y consiste en la relación de los fenómenos.
- Subjetivismo: 1. m. Predominio de lo subjetivo.
- Subjetivo: 1. adj. Perteneciente o relativo al sujeto, considerado en oposición al mundo externo. 2. adj. Perteneciente o relativo a nuestro modo de pensar o de sentir, y no al objeto en sí mismo.

Las definiciones antes citadas nos dicen algo, pero a la vez nada nos aclaran sobre el por qué el subjetivismo es reto para la educación en un mundo postmoderno y relativista. Luego, la reflexión exige que nos centremos en dilucidar qué es propiamente lo que se entiende por subjetivo o mejor aún lo que es el pensamiento subjetivo y desde cuándo se hace terna de interés filosófico.

I. Pensamiento subjetivo

El filósofo Søren Kierkegaard² se declaró “enemigo” del sistema hegeliano por considerar que éste buscaba captar la existencia en la lógica, con lo cual la existencia concreta se reduce a la mera posibilidad; por ello afirmará que una reflexión filosófica del hombre sobre su existencia no puede desarrollarse bajo directrices dictadas por un pensamiento objetivo, porque coloca al ser humano en una posición tal que su existencia se reduce a mera abstracción, una idea, pero que nada dice sobre lo que el hombre es. Entonces, plantea que esa cavilación sobre el hombre sólo se puede efectuar desde una posición que valoriza lo concreto, lo apasionado y dialéctico que es intrínseco al mismo hombre, a eso llama Pensamiento Subjetivo³.

Con el pensamiento subjetivo, Kierkegaard acuñará nuevas categorías filosóficas que, ante todo, hacen referencia a un sujeto pensante que está pensando algo y que por ello implica toda su existencia. Estas categorías incluyen⁴:

- El individuo: como único e irrepetible.
- La soledad y lo secreto: porque cada hombre en particular está solo y por ello es distinto de cualquier otro y es secreto.





- La del devenir, del instante y de la elección: donde destaca que el instante presente tiene la precedencia a los otros (pasado y futuro).
- La desesperación y angustia: pues es en el sentimiento de fracaso donde el hombre se descubre finito.

Con la valoración de la existencia concreta y que hace que la reflexión filosófica cambie, el hombre particular existente es revalorado en su individualidad, pero más importante, como subjetividad. No obstante, frente a este bosquejo filosófico, es lícito plantearse la siguiente pregunta: ¿Es posible afirmar rotundamente la imposibilidad de reconocer una objetividad en esa subjetividad que es el hombre? Para responder a esta interrogante será ineludible hacer alusión a lo que el filósofo polaco Wojtyła dice sobre este tema.

II. La objetividad de la subjetividad

Lo que a primera vista puede resultar una contradicción, reclama una segunda mirada que nos invita a aceptar que esa subjetividad, que es la persona humana, encierra una objetividad. Siguiendo este planteamiento, y antes de proseguir, es necesario acotar que este tema se encuentra en el centro de múltiples intereses; sin embargo, el abordaje del mismo reclama poner al margen las antinomias filosóficas entre subjetivismo-objetivismo matizadas por la constante disputa entre idealismo y realismo. Además, para que nuestra reflexión pueda girar en torno a la educación en valores, es imposible no hacer referencia al aspecto ético y antropológico presente en la educación y por ende en el ser humano y que va de la mano con la dicotomía planteada, como bien nos indica Wojtyła⁵ (2005: 27).

No podemos ya, desde este momento, ocuparnos del hombre como ser objetivo, sino que debemos ocuparnos de él como sujeto en la dimensión en la que es la conciencia la que determina esta subjetividad del hombre específicamente humana

Consecuentemente con lo antes expuesto, es imperante reconocer que en la tradición filosófica y científica la reflexión sobre el hombre siempre había situado a éste como un objeto más en el mundo al cual pertenece. Sin embargo, la objetividad entendida de esta manera conduce a una reducción o fraccionamiento de la persona, por lo que todo aquello que pueda valorarse en aras de su autonomía, inseidad y unicidad es vejado, con lo cual se niega toda posibilidad a una valoración real de la subjetividad que es sinónimo de lo irreductible de la persona humana (Wojtyła, 2005: 29).

Al hacer referencia a lo irreductible de la persona, no se trata de establecer una contraposición irreconciliable entre lo objetivo y lo subjetivo, muy por el contrario la abstracción filosófica no puede olvidar que la subjetividad del hombre – persona es también algo objetivo, tal como señala Wojtyła (2005: 32):

En la medida en que crece la necesidad de comprender al hombre como persona única en sí e irrepetible y sobre todo...en la medida en que crece la necesidad de comprender la subjetividad personal del hombre, la categoría de la experiencia adquiere su pleno significado.

Con el planteamiento de ese experimentar de manera concreta y real, se orienta nuestra reflexión hacia el hecho de entender al hombre más allá de la mera objetivación metafísica que lo convierte en un sujeto ha-





cedor de sus actos; sino que lleva al hombre a asumir su identidad de persona que tiene experiencia de su ser, conocer, obrar y sentir, y en todo esto vivencia y encarna su subjetividad.

Buscar interpretar al hombre como ser agente, es valorizar la categoría de la experiencia que, de alguna manera, nace y se arraiga en la persona misma; es decir, que la experiencia integral del hombre posibilita garantizar la subjetividad auténtica que es él mismo; ya que posibilitar es admitir una interpretación existencial, concreta y real de su ser. No obstante, esta interpretación conlleva el reconocimiento del hombre como un yo concreto, con experiencia de sí; con lo cual nuevamente nos situamos en el plano existencial y en las categorías filosóficas de unicidad e irrepitibilidad de cada hombre. Luego, lo objetivo de la subjetividad de la persona es precisamente reconocer y valorar esa experiencia única que es cada hombre y que convierte a la persona en el valor central de toda la reflexión antropológica y ética, al igual que de toda propuesta educativa.

Se colige, entonces, a partir de lo expuesto hasta este punto, que la persona humana es subjetiva, pero al mismo tiempo la afirmación de su subjetividad es lo objetivo, en cuanto cada persona objetivamente es una existencia única e irrepitible que desde su subjetividad vive su existencia concreta. Sin embargo, este reconocimiento nos conduce al segundo momento de esta reflexión, y es el de considerar educar a ese sujeto agente y para ello se propone una formación en valores.

III. El sujeto subjetivo y la identidad

Edgar Morin⁶ sostiene que al hablar de sujeto, la noción misma de éste implica a la vez autonomía y dependencia. Expresado de otra manera más correcta, el filósofo de la educación define al sujeto en función de la au-

tonomía-dependencia del individuo, pero aclarando que no se reduce sólo a eso, sino que significa algo más. Cuando expresa que la educación debe tender a una plena valoración de ese algo más, se está refiriendo al *ser computante en su identidad*.

Desde la perspectiva de Morin, *el ser computante es un ser que se ocupa de signos de índices, de datos: algo que podemos llamar información... A través de los índices y datos, trata con su mundo interno así como con el externo*" (Cfr. Schnitman, 1992: 39). Las últimas líneas nos permiten entender que no se trata de un mero procesador, al estilo de las mejores computadoras, porque en el mismo se presenta la autofinalidad, pero también el elemento dialógico.

Al hablar de la autofinalidad es necesario admitir que, en el ser humano, aquélla da paso al reconocimiento del sujeto que indisolublemente está unido a un acto en el que no sólo es la propia finalidad de sí mismo, sino que también se es autoconstitutivo de la propia identidad.

La identidad no es sólo la formación y reconocimiento del yo. Morin expresa que al decir "Yo soy mí mismo" la frase nos ubica en tres dimensiones (Cfr. *Ibíd*: 39-45):

- Yo: es el acto de ocupación del sitio egocéntrico.
- Mí: es la objetivación del yo.
- Sí mismo o en sí: están incluidos el yo y el mí

De lo antes expuesto cabe cuestionarse ¿qué tiene que ver esto con la subjetividad y la educación? La respuesta debe partir aclarando cuál de estos aspectos enfatiza la subjetividad y la objetividad. En este sentido, cada aspecto no busca crear una fragmentación de la persona,





sino más bien ver cómo esa unidad indivisible es subjetiva pero también objetiva.

Cuando decimos “yo soy mí mismo” quiere decir que el “mí no es exactamente el yo”, porque en la operación en que el mí se forma aparece como diferencia, está objetivado, mientras que el yo es el puro surgimiento del sujeto. Sobre esta diferencia es posible que el ser compute -según los términos de Morín- porque este acto plantea la diferencia entre el yo y el mí, y asimismo su identidad, lo que permite que se pueda tratar objetivamente al ser sujeto. Luego se establece un principio de identidad complejo, pero que posibilita todas las actividades de manera objetiva, pero con una finalidad subjetiva; y con ello el hombre está en la capacidad de una objetivación de su subjetividad en cuanto se reconoce y puede tratarse así mismo o referirse a sí.

Cabe explicar que el reconocimiento de esa identidad en el hombre no es producto de un egocentrismo o cerramiento, pues sólo en la medida en que me abro al otro, en que reconozco a un “tú”, es viable autorreconocerme como individualidad en relación. Es gracias al otro que es posible llegar a esa autorreferencia e identidad (Cfr. Marcel, 2002: 125-140). Este es el punto en el cual convergen subjetividad y educación; es decir, porque admito que la persona es al mismo tiempo individualidad y relación, es admisible que la formación pueda plantearse a partir de esa polaridad y que vaya más allá al buscar colocar a la persona como valor central de toda propuesta educativa.

IV. La persona: valor central

En un mundo objetivado – *al estilo positivista* – la persona ha sido relegada a segundo plano o se ha prescindido sencillamente de ella, a tal punto que al plantear que la persona es el valor central y que además es irreduc-

tible, suena a discurso moralista y hasta pasado de moda. Sin embargo, la correcta elucidación sobre esta aseveración, debe partir por el reconocimiento de una crisis de valores en la existencia, por lo que cabe cuestionarse ¿dónde está el origen de esta crisis que afecta tan drásticamente a la educación?

Como respuesta a la pregunta planteada, convenimos iniciar mostrándonos de acuerdo con que esta crisis es crisis de persona en cuanto su humanidad; es decir, no se trata de la humanidad lógica como un concepto, sino que se centra en la humanidad real, donde lo más real de la humanidad es la persona. En este sentido, la Axiología reclama el centrarnos en la persona humana, pero atendiendo a dos aspectos fundamentales:

- El Ontológico que hace referencia a la inseidad, el ser en sí.
- El Relacional, lo que significa que el tú no es yo y el yo no es tú⁷.

Partiendo de los puntos señalados, la reflexión filosófica ha acentuado o disminuido uno de los dos aspectos y con ello se ha distorsionado o se han generado diferentes maneras de concebir a la persona. Luego, tal como se piensa sobre la persona, así mismo son los valores; pero lo más alarmante es que en la cultura actual se ha hecho surgir un modelo de hombre cuyas características esenciales ponen en duda la misma concepción humana de la persona (Cfr. Saavedra, 2006: 28).

En base a lo antes mencionado, es posible reconocer algunas causas de esta despersonalización de la persona entre las que se incluyen: la pérdida de la realidad histórica, la crisis de inteligencia, la desubicación del hombre en el mundo, la pérdida de una verdad objetiva y





la manipulación de la vida humana (Cfr. *Ibíd.*, 2005: 19-32). Todas ellas tendientes a fragmentar la propia esencia de la persona, pues apoyadas en tendencias biologicistas, psicologistas, espiritualistas y naturalistas, buscan agotar la reflexión sobre lo humano de la persona humana, pero de una manera tan mezquina y sesgada que terminan por darnos un ser humano mutilado, incompleto, inclusive hasta inhumano.

La crisis de valores es crisis de humanidad porque siendo la persona humana lo más humano de la humanidad, el ataque que sufre la persona se ve reflejado en la concepción de nuestro sistema de valores y esto porque hemos dejado de lado la reflexión metafísica, ontológica, para sumergirnos y flirtear con todos los “ismos”, que lo único que hacen es darnos una interpretación parcial, pero que no representan lo integral de la persona humana.

Reconocer que la persona humana es el valor cardinal y prioritario del que emanan los demás valores es crucial para superar la problemática que enfrentamos y así presentar una propuesta educativa consonante a las exigencias de un hombre posmoderno en busca siempre de su sentido existencial. No obstante, esta postura aguerriada debe partir por reconocer los elementos que son constitutivos de la persona humana y entre los cuales se ubican: el ser inteligente, trascendente, espiritual, libre y responsable y, finalmente, el de ser social en cuanto ama (Cfr. *Ibíd.*, 2005: 33-48).

Rescatar el valor de la persona, para superar la crisis de humanidad y por ende de valores, es un paso inevitable; sin embargo, este bregar, ante todo, debe estar orientado a formar y robustecer la conciencia de la persona misma, pues la conciencia es el testigo inmutable e inraicionable de todos los actos humanos (Cfr.

Ibíd., 2005: 49).

V. La conciencia como objetividad de la educación subjetiva en la persona

Hasta este punto, hemos tratado de exponer algunos de los elementos más significativos de la nueva educación endógena o subjetiva, entre los que se incluye la interacción dialéctica e irrenunciable entre la persona como ser en sí y en relación. Sin embargo, y consecuentemente con lo expuesto, se hace necesario referirnos a la formación de la conciencia como una parte medular de ese proceso de formación de la persona y que enfatiza la valoración del ser humano.

Como bien hemos señalado, el hombre en su ser persona reúne lo subjetivo y lo objetivo, y de lo que no puede prescindir porque dejaría de ser. Luego, en el campo axiológico y ético, el reconocimiento de esta polaridad se acentúa cuando se trae a la palestra el hecho de que los valores fluctúan en esta polaridad. Es aquí donde el tema de la formación de la conciencia en valores irrumpe con gran fuerza.

La alternativa entre lo subjetivo y lo objetivo del valor está íntimamente ligado al reconocimiento de la persona humana como valor fundamental, pues nada hay más objetivo y al mismo tiempo más subjetivo que la persona humana⁸. Entonces, se colige que la persona humana es objetiva en su existencia, pero es subjetiva porque la misma es un mundo de subjetividades; no obstante, cabe plantearse la siguiente interrogante: ¿qué importancia tiene la formación de la conciencia para poder proponer una jerarquía de valores?





Ante la interrogante planteada debemos iniciar reconociendo que los valores en la persona son tremendamente subjetivos y objetivos; es decir, la subjetividad de la persona los puede cambiar, mutar, triturar; pero la objetividad se demuestra en la construcción o destrucción de la persona. Dejar abierta la posibilidad para la destrucción de la persona puede sonar un poco dramático, pues como expresa M. Scheler: *todo espíritu es por necesidad esencial personal y la idea de un espíritu impersonal es contradictoria... La persona es la forma de existencia esencialmente necesaria y única del espíritu en tanto que se trata de un espíritu concreto* (Scheler, 2000: 179-180). Sin embargo, la destrucción de la persona está íntimamente ligada a la destrucción de su humanidad, y por ello se hace necesario establecer la importancia que tiene la formación de la conciencia como garante y conductor de todos los actos de la persona.

Al referirnos a la formación de la conciencia es necesario aclarar que sólo puede hacer referencia a una conciencia ética y moral, pues la naturaleza de la conciencia sólo podemos entenderla a partir de una visión integral, pero al mismo tiempo individual y relacional de la persona⁹. Siguiendo este planteamiento, parafraseando a A. Saavedra, diremos entonces que la conciencia ética solamente se da en la persona y sobre la persona, porque se supone que el valor que se aplica o que se muestra debe ser interiorizado. Es decir, la conciencia ética surge cuando se atribuye un valor al obrar de la persona y al mismo tiempo supone libertad, responsabilidad, finalidad y circunstancias. Pero, daremos un paso más al admitir que *no toda conciencia nace moralmente formada, al contrario, se va formando a través de los procesos educativos que constituyen el verdadero desafío en la formación de la conciencia, fin último de la educación* (Ibid., 2005: 73).

Consecuentemente a lo expuesto, es preponderante aclarar que todo valor conlleva un sentido objetivo y subjetivo (Cfr. *Ibíd.*, 2005: 78):

- Sentido objetivo: es el valor en sí, luego “todo lo que es” es un valor, tiene valor.
- Sentido subjetivo: es el valor para mí, en cuanto lo percibo, lo capto como tal.

De esta división es posible advertir que haya valores objetivos que no coincidan con los valores subjetivos, porque estos últimos no pueden ser percibidos por el hombre como valores en sí. Luego, en el campo axiológico y ético, este problema sobre la alternativa entre lo subjetivo y lo objetivo del valor está íntimamente ligado al reconocimiento de la persona humana como valor fundamental, pues nada hay más objetivo y al mismo tiempo más subjetivo que la persona humana, como anteriormente habíamos indicado.

Lo que salvaguarda al valor es precisamente el hecho de que el mismo es distinto a la conciencia y se impone a ésta, por ende la conciencia no puede manipularlo, esto es lo que M. Scheller entiende como autonomía del valor. Esta autonomía se hace evidente porque confiere al valor objetividad, y la misma se manifiesta porque toca la interioridad del hombre y el hombre mismo que los vive los verifica en su yo interno; pero también son subjetivos porque el ser humano puede captar el valor de “algo” de modo distinto.

Hasta aquí se ha demostrado la importancia que tiene la formación de la conciencia por lo delicado que es un valor; no obstante, el punto crucial sigue siendo la persona que es el valor central, por lo que la única senda para superar esa polémica entre lo subjetivo y lo objetivo





del valor, es proponiendo y partiendo de la recuperación de la totalidad integral de la persona humana, en su existir concreto; es decir, los valores afectan no una dimensión o aspecto aislado de la persona sino que se encarnan en ella. En ese contexto y gracias a las deliberes, especialmente de los personalistas, el valor de la persona humana se redescubre y revaloriza, porque se reconoce que la persona proclama su valor al revelarse, según afirma Italo Gastaldi (1994: 181):

Como un ser único, irrepetible, dotado de interioridad –autoconciencia y libertad- y destinado a la comunión; es decir, es un sujeto que existe corporalmente con otros en el mundo, para realizarse con ellos en la historia, personal y comunitariamente, tomando una actitud o, lo que es lo mismo, comprometiéndose libremente frente a los valores, frente a las demás personas y, sobre todo, frente a Dios.

Consecuentemente con lo que expresa Gastaldi, cabe cuestionarnos ¿cómo, en un mundo relativista, puede la educación superar la reducción de la persona sin caer en el error de equiparar lo subjetivo de la misma – *de la persona*- con la relativización del ser humano?

VI. El reto de educar en valores en un mundo relativista

Frente a la pregunta planteada, iniciamos esta reflexión acotando que, desde la propuesta de una educación subjetiva, es dable entender que el conocimiento se adquiere en la relación de sentido que se constituye entre los intereses personales y los fenómenos relacionales que incluyen las dimensiones físicas, sociales, éticas, trascendentales, entre otras, y que son intrínsecas al

hombre y a la mujer. Luego, el aprendizaje es significativo cuando lo que aprendo alimenta mi proyecto de vida y me hace humano.

En este orden de ideas, son tres los problemas principales que enfrenta la Filosofía de la Educación; sin embargo, hasta este punto nos hemos centrado en el principal de ellos y este es el “tipo” de ser humano que se desea formar. Lo que nos ubica en el ámbito de la Antropología Filosófica, por lo que durante todo nuestro desarrollo hemos tratado de resaltar este aspecto; ya que si la educación tiene por propósito la transformación del ser humano a través del conocimiento, entonces toda filosofía de la educación debe partir de la persona humana, como bien señala Juan Mantovani (1983:25):

Fácil es comprender que la pedagogía presupone una idea del hombre. Necesita un saber acerca de su estructura y esencia, antes de señalar fines y medios a la educación. Estos se definen en relación estrecha con aquella idea. El teórico de la educación debe consultar a la filosofía la doctrina en torno del hombre. Esta servirá de base a la idea esencial de la educación y a una concepción fundamental sobre sus medios... Toda pedagogía es, previamente, ciencia profunda del hombre.

Retomando las últimas líneas citadas, es ineludible reconocer que es la persona humana el centro de toda reflexión educativa, por lo que la propuesta de educar en valores sólo puede concretarse de manera real si partimos de la persona, como antes hemos señalado. No obstante, en nuestra era posmoderna esto suena a coacción, y ese es el reto que debe enfrentar la educación, ya que en la sociedad actual, donde el individualismo hedonista y personalizado se ha vuelto legítimo y ya no encuentra oposi-





ción, la masa sólo converge en la indiferencia. (Cfr. Lipovetsky, 1986: 47-52).

La indiferencia es necesariamente tema en la educación postmoderna, pues como acertadamente afirma Antonio Cruz: *la principal paradoja de la relaciones interpersonales, que se ha visto incrementada en nuestro tiempo, es que todo el mundo está dispuesto a contar su vida a los demás, pero casi nadie quiere escuchar los problemas del prójimo* (Cruz, 1996: 85). Luego, sabiendo que la posmodernidad presenta nuevos paradigmas, la propuesta pedagógica cimentada en el rescate de la persona como valor central se hace preponderante, pues, como afirma Alejandro Saavedra (2006: 128):

En un mundo donde se ha dado paso al pluralismo social, político y religioso, pero sin las más mínimas bases comunes de convivencia comunitaria en libertad: no hay base común para trabajar, educar y proyectar.

Si bien hasta este punto de nuestra reflexión hemos abogado por una educación endógena, todo el tiempo hemos destacado la valoración de lo objetivo de la subjetividad de la persona, porque frente al horizonte postmoderno, el conocimiento y la formación son vistos desde la óptica conformista de la parcialidad, lo sentimental y lo momentáneo que nada tienen que ver con nuestra propuesta. Pues, ante todo, no se aboga por una educación débil y fragmentada -al gusto del cliente -sino que se defiende una práctica pedagógica donde la interrelación comprometida del maestro al estudiante y viceversa cobra vital importancia, puesto que el estudiante se adjudica una actitud de mayor participación en el trabajo individual y relacional, y el maestro escucha, observa y aprende actitudes, comportamientos, intereses, compromisos

de ellos. Igualmente, la actitud dialógica direccionada por la alteridad adquiere un valor fundamental, en tanto que busca una respuesta objetiva de la realidad, sí se refiere al conjunto de objetos y procesos del mundo físico, químico, biológico o bien de la realidad existencial-vivencial expresada en la subjetividad de la historia, la política, el arte y el conocimiento.

Educación en la posmodernidad es un reto porque reclama compromiso; es decir, dejarse afectar por el otro que, en cuanto individualidad, siempre nos dará una visión única del mundo, pero que ante todo es el producto de la convivencia con el otro y a la cual no podemos ni debemos renunciar, porque es dentro de la concepción de ver la educación como un proceso endógeno, enseñando y aprendiendo a partir de nuestras subjetividades, entendidas estas como la esencia que tiene que ver con el sentido existencial, el deseo de trascendencia, con su imagen de interioridad y corporeidad, con sus propios procesos de construcción, como sujeto definiéndose en su identidad individual y relacional, y que desde lo cognoscitivo-vivencial y metodológico tenga propuestas, objeciones, respuesta, y que a su vez genere nuevas interrogantes.



VII. A manera de conclusión

La subjetividad humana implica la creación de nuevos universos de la realidad. Es un proceso cuya estructura compleja incluye, además, experiencia acumulada de la persona inserta en la cultura y dirigido al objeto. Por ello, la educación endógena siempre tendrá como horizonte la dignidad de la persona humana; es decir, la verdadera educación debe ser garante de que el ser humano se descubra a la vez formando parte del mundo, pero que al mismo tiempo lo trasciende y tiene la singular capaci-

dad -por su inteligencia y por su libertad – de ennoblecer toda la creación.

Teniendo presente el aspecto privilegiado del ser humano, pero por sobre todo la responsabilidad que tiene la educación por potenciar ese milagro que es cada persona, deseo compartir, a manera de ejemplo, mis impresiones sobre la película *¿Quisiera ser millonario?*, pero aclarando que más allá de cualquier otro aspecto que pueda atraer nuestra atención, deseo enfatizar un punto muy particular de la trama que brevemente expongo:

182



Jamal Malik, un joven huérfano que vive en una barriada pobre de Bombay, decide presentarse a la versión india del concurso: ¿Quién quiere ser millonario? Ante la sorpresa de todos, Jamal responde correctamente a todas y cada una de las preguntas. ¿Cómo es posible que un chico como él sea capaz de conocer todas las respuestas? Esto causa gran conmoción y extrañeza, pues cuando Jamal está a punto de responder a la última pregunta, la que le hará ganar 20 millones de rupias, la policía lo detiene y se lo lleva para interrogarle. Jamal deberá explicar por qué conocía las respuestas, teniendo que recurrir para ello a relatar diferentes momentos de su vida, que además ayudarán a desvelar la verdadera razón de su participación en el concurso¹⁰.

Más allá de todo lo que pueda despertar la película en nosotros, la atención debemos centrarla en el hecho de que el joven es capaz de responder a las preguntas evocando experiencias vividas. No se trata con ello de colocar la empiria en una posición relevante frente a la dedicación y esfuerzo propio de aquel que se dedica al cultivo intelectual; sin embargo, el punto a meditar consiste en reconocer que la nueva educación debe estar en diálogo perenne en pos de reconocer, de querer escuchar lo

que cualquier “Jamil” tiene que decir y que sólo él o ella puede hacer.

La educación como un proceso subjetivo, enseñando y aprendiendo a partir de nuestras subjetividades, concebidas éstas no como la simple apreciación de las cosas, la opinión o el punto de vista sobre las mismas, no es la *doxa*, sino la *epistéme*, que es el conocimiento verdadero de las ciencias, pero a partir de la subjetividad, como esencia que tiene que ver con los estados profundos del ser. Luego, educar es permitir al otro que diga “yo soy mí mismo”; eso es objetividad, pues es reconocer que sólo esa persona puede hablar, vivir, existencializar una única historia y que nadie nunca podrá vivir o asumir por ella. Aunado a ello, la forma en que la vive, en que la enfrenta, en que la trasmite y en que se deja afectar y da una respuesta, siempre será también única y eso la hace subjetiva, tan única e irrepetible como el universo que es.

La verdadera educación debe potenciar esa objetividad porque sabe que cada persona es una experiencia magnífica, perfecta; no obstante, al mismo tiempo subjetiva porque entiende que sólo la persona humana puede dar una respuesta desde esa individualidad que es, pero en esa respuesta habrá intentado condensar todo lo que la humanidad le ha dado, y todo ello reconociendo que es en la dignidad propia de su ser, en su valor singular donde puede reconocerse.

Podemos descubrir ese valor en nosotros o podemos verlo en el otro, pero ni podemos concederlo ni está en nuestra mano retirárselo a alguien, ya que es algo que nos viene dado. Es anterior a nuestra voluntad y demanda de nosotros una actitud adecuada: reconocerlo y aceptarlo como un valor supremo.

Educar en valores en un mundo relativo, donde se hace necesario valorar lo objetivo de la subjetividad de





la persona, es admitir que siendo lo más valioso la persona humana, toda propuesta educativa debe devolver a esa persona el lugar y la dignidad que le son intrínsecos; porque antes de enseñar u ofrecer cualquier conocimiento, el ser humano debe aprender a amarse, y la educación debe ser garante de ello, pues debe formar al ser humano de tal manera que aprenda que una persona vale más que todos los universos posibles, luego podemos enseñar y aprender todo lo demás.

Notas

- 1 He considerado importante hacer referencia a las definiciones de este diccionario en específico y no a uno de filosofía debido a que con gran frecuencia las personas acuden al mismo, dándole mayor valía a sus definiciones.
- 2 Este filósofo y teólogo vivió en Copenhague, Dinamarca, del 5 de mayo de 1813 al 11 de noviembre de 1855. Su pensamiento fue en su época, y sigue aún siéndolo en la nuestra, extremadamente mal interpretado debido especialmente a que su método se basaba en -como dijo alguien- “despertar en principio el interés y el asentimiento del lector para conducirlo después a descubrir que aquel punto de vista que había aceptado acriticamente resultaba insostenible, y hacerle vislumbrar que la verdad había puesto en tela de juicio su opinión inicial”. Aunque gracias a su apasionada vida y obra los logros de este ‘divino burlador’ fueron muchos, destacaremos de entre todos ellos el hecho de que llegaría a ser considerado por muchos como el padre de una de las corrientes filosóficas más importante de nuestros tiempos: el existencialismo.
- 3 Cfr. REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario. *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, Barcelona: Tomo III, Herder, 1995.
- 4 Cfr. Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate. *Diccionario de Filósofos*, Madrid: Rioduero, 1986.
- 5 Karol Wojtyła nació en Wadowice (Polonia) en 1920. Es un importante filósofo personalista del siglo XX. Formado en el tomismo, tomó contacto con la fenomenología a través del estudio de Max Scheler. La intuición que guía toda su obra es que el pensamiento antropológico contemporáneo –y particularmente el cris-

tiano- solo puede avanzar y superar los retos a los que se enfrenta a través de una síntesis entre tomismo y fenomenología estructurada en torno al concepto de persona. Su tarea filosófica ha consistido en poner las bases de esa síntesis desarrollando una ética y antropología personalista con muchos elementos originales: la norma personalista, la autoteología, la libertad como síntesis de elección y autodeterminación, la experiencia moral como fundamento epistemológico de la ética, la familia como comunión de personas, etcétera.

- 6 Para ampliar la información sobre este filósofo de la educación se recomienda visitar su sitio oficial <http://www.edgarmorin.com/>.
- 7 Una brillante exposición y desarrollo sobre este tema se encuentra en la obra del Dr. Alejandro Saavedra.
- 8 Ideas desarrolladas por el Dr. Alejandro Saavedra en sus *Clases de Ética UPS.*, 27 de noviembre de 2008.
- 9 Cfr. VIDAL, Marciano: *Moral Fundamental*, Madrid: Covarrubias, 1990, p. 516.
- 10 Para ampliar la información se puede visitar el sitio <http://www.mandabase.net/peliculas/slumdog-millionaire-%C2%BFquien-quiere-ser-millonario-ganadora-oscar-2009-subespanol/>.



Bibliografía

Libros:

Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate.

1986 *Diccionario de Filósofos*, Madrid: Rioduero.

CRUZ, Antonio:

1996 *Postmodernidad – El Evangelio ante el desafío del bienestar*, España: Clie.

FERRATER MORA, José:

1994 *Diccionario de Filosofía Q-Z*, Barcelona: Ariel.

GASTALDI, Ítalo:

1994 *El Hombre un Misterio*, Quito: Ediciones Don Bosco.

LIPOVETSKY, Gilles:

1986 *La Era del Vacío*, Barcelona: Anagrama.



- MANTOVANI, Juan:
 1983 *La educación y sus tres problemas*, Buenos Aires: El Ateneo.
- MARCEL, Gabriel:
 2002 *Obras selectas I. El Misterio del ser*, Madrid: BAC.
- REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario.
 1995 *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, Tomo III, Barcelona: Herder.
- SAAVEDRA, Alejandro:
 2005 *Formación de la Conciencia en Valores*, Lima: 3ª edición.
- SAAVEDRA, Alejandro:
 2006 *Nueva Educación*, Quito, Abya-Yala.
- SCHELER, Max:
 2000 *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, Madrid, Caparrós.
- SCHNITMAN, Dora:
 1992 *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*, Buenos Aires: Paidós.
- WOJTYLA, Karol:
 2005 *El Hombre y su Destino*, Madrid: Palabra, 4ª edición.
- VIDAL, Marciano:
 1990 *Moral Fundamental*, Madrid: Covarrubias.

Bibliografía de Internet

- DANDANERI: *Slumdog Millionaire* - ¿Quien quiere ser Millonario? [Ganadora OSCAR 2009] Sub. 23 de febrero de 2009. <http://www.mandalebase.net/peliculas/slumdog-millio-naire-%C2%BFquien-quiere-ser-millonario-ganadora-os-car-2009-subespanol/>. 2 de septiembre de 2009.
- Diccionario de la Lengua Española - Vigésima Segunda Edición <http://buscon.rae.es/draeI/>. 17 de agosto de 2009.
- FERNÁNDEZ, José Pablo: "Sören Kierkegaard". Geocities. 1998. <http://www.geocities.com/poeticaarte/kierkegaardbiblio.htm>. 19 de agosto de 2009.
- MORÍN, Edgar. Biografía: Su origen, su vida y su obra. <http://www.edgarmorin.com/Default.aspx?tabid=57>. 20 de agosto de 2009.